

Diga todo lo que se le ocurra

JULIO CÉSAR OSOYO BUCIO
HUMBERTO ROJAS GONZÁLEZ

Usted observará que al curso de su relato le acudirán pensamientos diversos que preferiría rechazar con ciertas objeciones críticas. Te drá la tentación de decirse: esto otro o esto otro no viene al caso, o no tiene ninguna importancia o es disparatado y por ende no hace falta decirlo. Nunca ceda usted a esa crítica; dígalo a pesar de ella, y aún justamente por haber registrado una repugnancia a hacerlo. Más adelante sabrá y comprenderá usted la razón de este precepto –el único, en verdad a que debe obedecer- Diga pues, todo cuanto se le pase por la mente.

(Freud. Sobre la iniciación del tratamiento)

Resumen En el presente trabajo se reflexiona críticamente sobre la regla fundamental empleada por Freud en el tratamiento psicoanalítico. Regla que da cuenta del proceso de constitución del psicoanálisis que tiene sus raíces en la clínica médica del siglo XIX y que atraviesa incluso la psicoterapia hipnótica. Se problematiza la regla psicoanalítica fundamental intentando articular la posición lacaniana con respecto al ternario Simbólico-Real-Imaginario, nuestra pregunta es la siguiente: ¿Qué pasa con ese famoso *diga todo lo que se le ocurra* cuando se lo mira desde el anudamiento borromeo de los tres registros propuesto por Lacan en la parte final de su enseñanza? Lo que obtenemos con la injerencia lacaniana es que se funda un sujeto que habrá sido retroactivamente la causa de su propia causa a través de la enunciación de su verdad en su única posición estructural. Singular experiencia del lenguaje que abre posibilidades inéditas de sostener (y restituir) un lazo social entre la comunidad humana tan degradado por el capitalismo que todo lo devora a su paso.

Palabras clave: asociación libre, lenguaje, sujeto, deseo, capitalismo.

Abstract. In the present work, we reflect critically on the fundamental rule used by Freud in the psychoanalytic treatment. A rule that accounts for the process of constitution of psychoanalysis that has its roots in the medical clinic of the nineteenth century and that even goes through hypnotic psychotherapy. We problematize the fundamental psychoanalytic rule trying to articulate the Lacanian position in respect to the ternary Symbolic-Real-Imaginary (RSI), our question is this: What happen with that famous: *say everything you can think of*, when you look at it from the *Borromean* knot of the three records proposed by Lacan in the final part of his teaching? What we get with the Lacanian principle is that a subject is founded by what will have been retroactively the cause of its own cause through the enunciation of its truth in its only structural position. Singular experience of language that opens unprecedented possibilities of sustaining (and restoring) a social bond between the human community so degraded by capitalism that everything devours in its path.

Keywords: free association, language, subject, desire, capitalism.

Freud y el misterio de la asociación libre

Trajimos un cuento para ustedes.

Esta era una vez... en un país lejano... un médico en apariencia oscuro y misterioso, que curaba a sus pacientes escuchándolos y nada más. La gente lo iba a ver porque se sentía mal, como cualquiera de nosotros que un buen día decide ir a un médico cuando algo no anda bien. Pero su forma de tratamiento era, y sigue siendo, algo inesperado y para muchos, desconcertante. Lejos de darles montones de pastillas o pedirles que se hagan tales o cuales estudios, como hacen los médicos hoy en día, este extraño doctor les pedía a sus pacientes que contaran todo lo que se les ocurriera, afirmando que no hay mejor medicina que las palabras verdaderas cuando son pronunciadas con el corazón en la mano. No hay mejor medicina que hablar de nuestro sufrimiento un poco ingenuamente, sin saber bien lo que se dice o el porqué se dice lo que se dice, apostando al mismo tiempo que: “Las

palabras son, sin duda, los principales mediadores del influjo que un hombre pretende ejercer sobre los otros”. (Freud. 1890: 123).

Este doctor del que aquí hablamos era, sin embargo, alguien muy peculiar. Usaba barba y bigote y un traje sastre muy elegante con su corbata bien planchada y reloj de bolsillo. Tenía una mirada firme y penetrante; una contundencia en sus palabras que fue capaz de transformar la forma en la que pensamos las enfermedades mentales, convirtiendo en cotidiano aquello que parecía exclusivo de la medicina. Su método de tratamiento hasta hoy día sigue vigente resistiendo los caprichos de los grupos y asociaciones, también de las instituciones y liderazgos que no tardaron en surgir, es decir, el método inaugurado por nuestro médico ha resistido a la historia y al poder.

Freud les pedía a sus pacientes entregarse a una forma muy especial de hablar que consiste, primero, en desconectar los pensamientos racionales que buscan explicar o comprender lo que nos pasa, para después, sencillamente, decir todo aquello que se le venga a uno a la cabeza. *Asociar libremente*, se le llama desde entonces al método psicoanalítico que sirve para simbolizar lo inconsciente y que funciona al renunciar a la comprensión racional que sólo sirve para ocultarnos a nosotros mismos el deseo que nos anima. Renuncia que nunca se logra del todo, ni por parte del analista ni del analizante, apuntemos al pasar. De ahí este carácter irresoluble y de tensión que inevitablemente adquiere la apuesta por la praxis psicoanalítica.

Algunas observaciones sobre la asociación libre

Quizás ninguna otra técnica de tratamiento sea más transparente que aquella utilizada por el método psicoanalítico. Sin embargo, y al mismo tiempo, una transparencia que se opaca por todos los vericuetos y vicisitudes con que nos encontramos al “aplicar” dicha técnica. Podemos decir siguiendo a Freud que el psicoanálisis tiene una sola regla y nada más. Ya es demasiado decir que en el psicoanálisis hay reglas, pues se trata más bien de un método que se caracteriza por la ausencia de rigidez y de universalización, introduciendo así, de alguna manera, una tensión explícita y un conflicto permanente en el

ámbito de la práctica: la regla que tiene que sostener el analista ante la flexibilización del método.

Desde esta posición, siempre en medio de la tensión y el conflicto, advertimos que cada sujeto es único en cuanto a los elementos significantes que lo determinan y organizan su posición en el mundo, el *Unwelt* freudiano se transforma en cadena discursiva, es decir, en una determinación donde nunca encontramos dos síntomas idénticos ni dos historias repetidas. *Diga todo lo que se le ocurra*, es una manera de formular lo que se espera del paciente en el trabajo analítico. Se puede decir que ésta es la única regla. Atareado en la dificultad de sostener dicha regla, sin la necesidad imperativa de ser enunciada, el analista se juega su ser en esa posición donde no vale por lo que *es*, sino por lo que *hace*, en tanto sostiene el lugar que otorga al otro la posibilidad de ser escuchado. En ocasiones no es el paciente el primero en traicionar dicha regla, sino el propio analista, de ahí la dificultad de lo que se le pide como *atención flotante*.

Lacan proponía que el modo particular de expresarle al paciente la regla fundamental permitía conocer el estado en que se encontraba el analista con respecto a su proceso de formación, pero, ¿es posible poner en discusión dicha opinión? ¿No hay en esto cierto aire de un *Yo* que precisamente entra en un *estado* otorgándole una sustancialidad sometida a una temporalidad cuyo objetivo y misión es por lo tanto cierta *formación*? ¿No excluye esta opinión la posibilidad de las variaciones infinitas en que el analista puede sostener la posición desde donde enuncia dicha regla, no expresamente sino éticamente, en favor precisamente de este *estado* en el que está el analista respecto de su formación? Incluso ¿No excluye esta opinión de igual forma al otro elemento de la experiencia analítica, el *otro* al que se dirige dicha regla, en favor una vez más del *estado del analista*? ¿Es posible que la variación en la enunciación de la regla analítica, dependa, es verdad, del momento subjetivo del *Yo* del analista, pero además, del encuentro producido con el otro en el espacio analítico? Nos encontramos en una tensión y ante un conflicto una vez más¹.

1 Es muy importante advertir como lo reconoce Freud en *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico* cómo la posición del analista está siempre

Por un lado la enunciación de dicha regla, *Diga todo lo que se le ocurra*, depende de cierto factor “x” ubicado en la parte del analista. Sin embargo esto no tiene ningún sentido sin el otro factor que depende del otro en tanto destinatario que entra en el dispositivo analítico y las condiciones en que se da esto, puesto que la pregunta se desplaza a la posición ética que permite enunciar dicha regla.

Lo cierto es que a pesar de la simpleza de esta regla, en su interior se encuentra alojado el fundamento del inconsciente, que tiene todo que ver con ese “diga”, con la invitación a hablar implícita y con aquellas ocurrencias que afloran sin que uno se lo proponga conscientemente. De igual modo para el analista, que encuentra su propio escollo en esa invitación que lo convoca en su posición en tanto atención flotante, eso que Freud reconoce claramente: *“mientras uno toma apuntes o traza signos taquigráficos, forzosamente practica una dañina selección en el material, y así liga un fragmento de su propia actividad espiritual que hallaría mejor empleo en la interpretación de lo escuchado.* (Freud. 1912a: 113). Faltaría preguntarnos si esto no es un riesgo que se desprende de este lugar conflictivo más allá de la toma de apuntes o aplicaciones de protocolos ¿no es parte del lazo social cotidiano ligar fragmentos que nos hacen interpretar lo escuchado?

Aun así, creemos que hay más elementos relacionados con aquella regla en apariencia tan inofensiva. Intentaremos preguntarnos por la forma en la que el deseo del analista propicia o no el decir del paciente. Además de la articulación de esta invitación a hablar en el eco que podría propiciar en el analista, con la finalidad de ubicar el funcionamiento adecuado del deseo del analista delante de lo que se

en tensión conflictuante entre su persona y el lugar que debe ocupar: “la tarea inmediata a que se ve enfrentado el analista que trata más de un enfermo por día le parecerá, sin duda, la más difícil. Consiste en guardar en la memoria los innumerables nombres, fechas, detalles del recuerdo, ocurrencias y producciones patológicas que se presentan durante la cura, y en no confundirlos con un material parecido oriundo de otros pacientes analizados antes o al mismo tiempo. Y si se está obligado a analizar por día seis, ocho enfermos o aún más, la hazaña mnémica que lograrlo supone despertará en los extraños incredulidad, asombro y hasta conmiseración. En todo caso se tendrá curiosidad por conocer la técnica que permita dominar semejante plétora, y se esperará que se sirva de unos particulares recursos auxiliares”. (Freud. 1912e. Pág: 111). Introducción de una problemática, entre otras, que ninguna técnica puede subsanar ni remediar.

escucha en la experiencia psicoanalítica. Es decir: ¿qué es este deseo del analista que más conviene a la experiencia analítica en tanto no dependa fundamentalmente de ese *estado* del Yo de la persona del analista? ¿Es posible pensar este deseo del analista apuntalándose todo el tiempo en una posición situacional discursiva en tanto sean las diversas circunstancias en el encuentro con el otro, parte correlativa del deseo del analista, sin el cual deja de tener sentido?

La regla psicoanalítica ante el ternario RSI

Nuestra preocupación es vigilar que la pregunta por el deseo del analista no se sustancialice. De esto depende por entero que la misma técnica no se coagule en procedimientos esquematizados, ya que, como bien reconoce Freud (1913a): “la extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes, la plasticidad de todos los procesos anímicos y la riqueza de los factores determinantes se oponen, por cierto, a una mecanización de la técnica” (p. 125). Lo cual nos hace pensar en la otra parte del encuentro analítico: la diversidad de la alteridad. En ese sentido trataremos de problematizar la regla psicoanalítica fundamental intentando articular, en lo posible, la posición lacaniana con respecto al ternario SRI: ¿Qué pasa con ese famoso *diga todo lo que se le ocurra* cuando se lo mira desde el anudamiento borromeo de los tres registros propuesto por Lacan en la parte final de su enseñanza?

Por otra parte el deseo, cosa opaca y quebradiza. Y al mismo tiempo, fulgurante y poderosa, aparece porque las palabras que constituyen la dimensión humana no tienen pegado su sentido. Si hay deseo es porque hablamos. Si no hay deseo es porque repetimos fórmulas aprendidas en lugar de hablar de los acontecimientos inesperados que han dado forma a nuestra historia y a nuestro ser. La comprensión racional es entonces un posible producto del conflicto que introduce la asociación libre, entre otros, es decir, una de las formas en que se pone en juego el goce del sentido siempre forzado ante lo real que introduce la invitación a la asociación libre. Seamos nietzscheanos en este punto: no hay hechos, hay interpretaciones. Es justamente ese famoso *diga todo lo que se le ocurra*, el que impide que la significación se establezca, lo que propicia que la cadena discursiva

pueda seguir girando hasta producir otra (interpretación de la) historia que nos constituye al ser enunciada por nosotros mismos. Aquí se ve ya el papel del lenguaje en la configuración temporal de nuestra experiencia como seres hablantes.

Si hablamos, entonces nosotros vamos modelando el sentido de las palabras (y de la historia) que por sí mismas sólo son, como decía Nietzsche, (1873/1990) nada más que “conchas vacías” a la espera de ser llenadas a través de un “impulso artístico” del ser humano que se asume como “creador del lenguaje y la verdad” (p. 21). Pero que se olvida al mismo tiempo, en tanto creador, que su impulso a llenar estas conchas vacías es un juego donde el lenguaje es la instancia que produce la verdad.

Hablante-ser, le llamó Lacan al ser humano que Nietzsche describía como un artista creador de hermosas mentiras (metáforas) que por sí mismas están tan vacías como el centro del hombre mismo. El lenguaje, sin el ser (hablante) que lo habite, es una casa vacía en perpetuo derrumbamiento. La mentira ya no se entiende aquí en el sentido habitual del término. Verdad y no-verdad son parte del mismo movimiento (Heidegger, 1947). Se copertenecen. Se necesitan al igual que el hombre y la palabra. En la mentira, si uno está dispuesto a escuchar, se revela algo del orden de la verdad. Y la verdad, después que se la conoce y se la repite de la misma forma, pierde su brillo original hasta ser moneda gastada, un saber ya petrificado desde cuyo interior reposa sigilosa la verdad que ya no corta; el saber universitario, en términos lacanianos.

Verdad y mentira vienen juntas para recordarnos que lo simbólico es siempre una ficción que el ser humano inventa para representar la imagen presente de sus años a cuestas. Estamos en el cruce de lo simbólico con lo imaginario. De la palabra con el sentido. Como decía García Márquez (2002): “La vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla” (p. 1). Al enunciar (simbólicamente) nuestra historia, se producen retroactivamente los acontecimientos que marcan, a través de la representación, eso que habremos sido por efecto de nuestra palabra. Lo simbólico invierte el orden causal y los efectos terminan siendo la causa de su

propia causa. En otras palabras, lo simbólico en tanto cruce con lo imaginario pierde fundamento y esencialidad para presentar un juego de interpretaciones que no pertenecen a nadie pero que *son dichas* en la trama de la historia para apropiarse de un sujeto.

Ese cruce entre lo simbólico y lo imaginario es una interpretación subjetiva de todas las interpretaciones en tanto relato en la historia de alguien. Recuerdos, se les llama. Y aquí subyace igualmente un goce: el del sentido. Todo esto es susceptible de ser desmontado ante lo real que no recubre este *goce del sentido*. Lo real en tanto cruce y recorte con lo imaginario y lo simbólico: “¿qué es, por otra parte, de ese otro modo de goce, el que se figura por un recorte, un estrechamiento que viene aquí, lo Real, a calzarlo en la periferia de otros dos redondeles de hilo, qué es de este goce?” (Lacan. 2002: 14)

Diga todo lo que se le ocurra, regla fundamental del psicoanálisis, funda un sujeto que habrá sido retroactivamente la causa de su propia causa a través de la enunciación (de su verdad) que es siempre una sola: “la exterioridad del accidente” (Foucault, 1971, p. 13), la interioridad del trauma constituido siempre a posteriori en el Freud de estudios sobre la histeria, es decir, la posición singular del sujeto en la estructura del mundo que propicia un decir singular. Lo que trae inevitablemente consigo la disolución del centro en tanto sentido unívoco. Incluso traería consigo el cuestionamiento radical a todo uso del sentido.

¡Eso es una locura! ¿Quién en su sano juicio está dispuesto a confesar todas las cosas infames en las que uno piensa cuando simplemente se deja llevar sin saber bien para dónde o por qué? ¿Existe alguien completamente dispuesto a hablar de sí mismo sin recurrir a la repetición de la historia conocida? ¿Cómo sería esa disposición a desconocerse para poder encontrarse en lo desconocido? Hablar, en este sentido, es muy diferente a repetir. Decir lo que se le venga a uno a la cabeza sin pensar en nada.

Quizás no hay método o técnica de indagación más transparente (Lacan, 1953) pero al mismo tiempo más complicada y difícil de sostener. (Eso suponiendo que el psicoanálisis sea un método de investigación, como se dice en la academia). Asociar libremente, le

llamó Freud a la técnica del psicoanálisis que a más de cien años, sigue intacta. A través de este método peculiar, que consiste en dejar fluir libremente la palabra hasta donde nos lleve, hasta los rincones oscuros de lo impensado, nuestro doctor Freud encontró que hay una dualidad no reconocida en todos nosotros.

Que lo que pensamos y decimos es pensado y sentido por una exterioridad que tarde o temprano termina confundiendo y confundiéndonos en sus pantanos y recovecos.

Asociación libre y división subjetiva: del Yo cartesiano al yo lacaniano que no sabe que sabría

Algunos años después, otro médico llamado Lacan supo leer puntualmente que el inicio de la partida en la experiencia freudiana es que *Yo* no soy *yo*. Que cuando *Yo* habla, no hace más que repetir lo que le dijeron que debía ser, opacando al mismo tiempo aquel otro *yo* que parece perdido en las falsedades del primero. Aunque verdades al mismo tiempo, pues al tener una consistencia imaginaria, dan forma y sentido a las significaciones que hacen de la ilusión de este *Yo* una sustancia muy especial. Una sustancia imaginaria podríamos decir que como tal, se encuentra descentralizada por la irrupción de ese otro *yo*.

Hablar desde el *Yo* que cree saber lo que dice, no es más que repetir discursos aprendidos. El saber se impone sobre la verdad hasta unificar la versión oficial de nuestra historia, como pasa en la universidad, tan llena de saber, tan dispuesta a dictar recetas que nos tranquilicen. En contraposición, para el psicoanálisis, las “versiones oficiales” que dan cuenta de los hechos de nuestra historia están ahí sólo para engañarnos. Matriz de consistencias imaginarias. Una versión oficial no es más que un significado congelado en el tiempo que se sostiene en la repetición idéntica del sentido que se presume correcto; como si las palabras existieran independientes del ser que las inventa, como si hubiera un metalenguaje del que surge el sentido correcto.

El *Yo* está hecho de identificaciones, para precisarlo de un mejor modo. Significaciones “personificadas”. La firmeza en las fijaciones de una *personalidad*. Tomar prestado un modelo que se nos presenta

como la perfección misma hasta alienarnos en él. La personalidad, ese invento psicológico hecho para perpetuar el discurso del Amo, no es más que un disfraz imaginario que hemos asumido ante el compromiso de vivir con los otros y ante la imposibilidad de enunciar la verdad de nuestra única e irrepetible posición en el mundo. Formas enrevesadas de situarnos en un lazo social. Este lazo se sostiene justamente en cuanto que la verdad está atravesada por la carencia y la inconsistencia.

La verdad única de nuestra historia singular queda eclipsada en la alienación imaginaria que constituye la personalidad socialmente reconocida; el Yo con el que nos presentamos ante el mundo y que los demás reconocen en nosotros, es ilusorio desde su constitución misma porque se arma desde una imagen externa que impone un sentido de completud en el adentro. Lacan nombró este proceso de anclaje imaginario como *el estadio del espejo*.

Pero, Yo no soy yo;

yo es donde no piensa, donde no sabe, donde un fracaso permite advertir otro camino, yo soy el otro, las relaciones sociales (Marx, 1845) y el mundo que las ha producido y constituido, esa es la esencia y el núcleo central del yo recubierto por el brillo ilusorio del Yo.

Lo inconcesable del deseo del Otro se congela en la fantasía imaginaria de ser por fin algo para alguien, ser el objeto del deseo del otro. Con todo el peligro y su correspondiente dosis de angustia que acarrea esta posición. Porque como en todo, hace falta situar su contraparte. Aquel Yo que se piensa autónomo. Autodeterminado. Ese Yo que se tiene autoestima. El Yo que no es más que producto de esas identificaciones que a manera de referencia empaña la verdad, señalándola. Es en el Yo como relato determinado donde se encuentra la verdad que causa. Si profundizamos en el yo lo único que encontraremos es un vacío por donde se asoma el exterior verdadero.

El individuo único no existe. El *in-divisible*. Al contrario, si hay algo de entrada como acontecimiento en la praxis analítica es el sujeto como cociente de una división. Justamente así, como en matemáticas. Si aplicamos una operación como la división y dividimos la demanda del Otro *entre* la necesidad, el cociente es el deseo y el sujeto

determinado por este en tanto dividido. El sujeto con la singularidad de su decir, dividido de entrada y que puede existir en la medida en que los acontecimientos centrales de una vida se configuran y se reconocen retrospectivamente como efecto del discurso.

Estamos divididos en tanto que hablamos. El afuera y todo lo que hay afuera se interioriza hasta convertirse en la identidad que nos constituye imaginariamente. En mí habitan todos los personajes que permiten y sostienen la existencia de nuestra vida en sociedad. Mi personalidad es la suma de todos los personajes que me rodean. El *proso-pon* griego que en la etimología es la máscara teatral. La personalidad como la máscara ante el gran teatro cuyo escenario es la sociedad.

Todos sus actores y todos sus libretos son hablados a través de mí...

...cuando digo: “yo pienso esto...” “yo opino tal cosa...” es el mundo el que está pensando a través de mí. El centro se desplaza y me diluyo en el barrujo de los relatos apilados en identificaciones imaginarias que me hacen ser lo que (no) soy.

La experiencia freudiana se despliega a partir del reconocimiento de que es el mundo el que opera a través de mis actos y de mis pensamientos. El inconciente quiere decir eso mismo: que soy donde no pienso, o que donde pienso y en lo que pienso, no soy, sino que es siempre el Otro hablando a través de mis certezas mejor fundamentadas. Soy un discurso inestable y sin centro. Me encuentro dividido entre el enunciado que profiero que creo que es mío y el enunciado que realmente soy como producto de una enunciación discursiva del Otro.

La conciencia nos engaña.

Todo el tiempo nos engaña para no tener que enfrentar la angustia del antes de la alienación al Otro, antes del otro, antes del mundo y de su deseo que se manifiesta en la farsa impostergable de que yo soy dueño de mi autonomía. El núcleo de invalidez traumático y fundamental. Ese cachorro humano que después tendrá una conciencia. La supuesta autonomía del yo, la individualidad y la originalidad personal, tan de moda en estos tiempos, no es más que el acomodo narcisista de los diversos fragmentos de la historia del mundo recordada de su totalidad y operando en nosotros imaginariamente. Aco-

modos imaginarios que también cuestionan el lazo social y lo propio del mecanismo discursivo: su necesidad de otro como interlocutor.

En mí interior habla la señora que vende pescado en el mercado y que se ve obligada para poder subsistir, a vender su producto más barato que en Walmart o en Chedraui...

...habla en mí el campesino despojado de sus tierras que ha tenido que emigrar a los Estados Unidos para poder sostener a su familia...

...la maestra rural que camina horas para llegar a su escuela de palitos y que ahora debe evaluarse de forma obligatoria para poder conservar su empleo...

...el chofer de la combi que se emborracha los fines de semana...

...el mecánico que le va a las águilas del américa y piensa que no hay más mundo que el clásico nacional y el chicharito Hernández que cada vez mete más goles...

habla en mí el carnicero,

el lavacoches,

el empleado,

la ama de casa,

los indígenas,

las mujeres,

los homosexuales;

los hombres que no tienen de otra más que ser machos y fuertes...

...todos los sin voz y los sin rostro habitan en mí y me perturban en las madrugadas y su discurso se repite en mis sueños y es tan fuerte y tan verdadero que me veo obligado a despertar para seguir soñando en la realidad que camino a diario y no escuchar nada de nada...

Ese es el gran secreto de la escucha analítica...

Escuchar ese mundo que insiste desgarrando mi interior. Eso mismo es el inconsciente. La exterioridad siempre contradictoria. En mí, habla el mundo de forma marginal y contingente, como en un idioma

desconocido para el Yo dando la impresión de no pertenecerle, de estar a salvo... Siempre hay reacomodos en el ámbito imaginario de la composición del sentido, si algo irrumpe siempre algo compensa para aminorar la grieta. Aversión al sin-sentido, es por ello que se hace lo posible por des-conocer dicha irrupción. Pero lo inconsciente crea sus formas: las formaciones del inconsciente desacomodan las consistencias imaginarias.

Escuchar mi propio desgarramiento interno que no es sino la misma contradicción que observamos todos los días en el mundo que nos rodea...

Hablar para poder escuchar. Escuchar para poder hablar.

No hay escucha posible que no tenga como punto de partida este hablar verdadero. Este reconocimiento de lo otro operando en mí. Puesto que al final no hay retorno como síntesis de mí mismo en el desdoblamiento y la división. Lo otro operando en mí produce acontecimientos que me convocan y me transforman. El reconocimiento de lo otro que opera en mí se vuelve el proceso por el cual devengo distinto de lo que era y por consecuencia dejo de ser capaz de ser lo que era. Este reconocimiento no es sin pérdida: el yo se transforma en el acto de reconocimiento. Se modifica la organización del pasado y su significado, al mismo tiempo que se transforma el presente por la plenitud de la palabra. El goce va más allá de sí mismo por intermedio del significante. Hay pérdida de goce en la experiencia analítica. Un plus de gozar que nadie recupera. Algo irremediabilmente perdido. Se va a análisis a perder-se.

El reconocimiento de eso que está ahí de nosotros vertido en el silencio de la hipocresía, sin ser cabalmente reconocido no solamente como parte del yo, como individualidad o personificación temporal, sino como elemento central de nuestra historia en tanto que sociedad y país, desgarramiento interno que no hace sino retornar en la historia de nuestras matanzas siempre bien justificadas. El reconocimiento implica aceptar que el yo es el tipo de ser en el que la permanencia misma dentro de sí es imposible. Que este desgarramiento interno está en continuidad con la exterioridad que lo determina. No hay adentro que no sea un afuera pegado sobre sí mismo (Foucault, 1971).

También nos podríamos mirar en lo real desgarrado de los cuerpos exhibidos en el porno o en el narco, como el mejor testimonio de lo que somos y que miramos a hurtadillas, pero que no nos atrevemos a reconocer... Ahí está la historia jamás reconocida a cabalidad de Ayotzinapa y nuestros 43 desaparecidos... la historia del amo de la sangre y del fuego que ante la ausencia de verdad insiste en destruirnos como sociedad: Acteal, Tlatlaya, Apatzingan, Ostula, Morelia, Ciudad Hidalgo...

...eso que no es reconocido, ni mucho menos hablado, que se oculta disfrazado de moral y rectitud es lo mismo que retorna en lo real de los síntomas neuróticos, en la certeza del delirio psicótico, en lo infame de la perversión y del abuso, pero también en las revueltas sociales que muestran hasta que punto estamos hartos, indignados...

¿Porqué callar y no decirlo todo?

¿Por qué no seguir las enseñanzas de Freud y decir todo eso que no hemos dicho nunca?

...Porque también habita en mi Yo y con mucha fuerza, el otro costado del mundo, el de las relaciones sociales que determinan la interioridad; aquella instancia que en este nivel calla y silencia esas voces y esos rostros de los excluidos y marginados:

...el empresario exitoso que abre tiendas oxo en cada esquina y que paga a sus empleados lo mínimo para sobrevivir,

...el político de profesión que siempre piensa en las próximas elecciones, y que produce esas leyes injustas que legitiman la explotación y dotan de un carácter legal a la desigualdad y al antagonismo,

...el patrón intolerante que exige siempre más y termina dando su vida a una empresa que sólo la valora mientras sirva para sus propios intereses.

...el jefe de oficina que acosa a sus empleadas y valiéndose de su posición de poder obtiene o intenta obtener favores sexuales,

...el líder sindical que protege sólo sus propios intereses olvidándose de la gente que lo puso ahí y que él representa,

...el policía corrupto que nos extorsiona valiéndose de su posición de autoridad y de nuestra ignorancia y de nuestro temor ante sus pistolas cargadas y dispuestas,

...el crédito bancario que termina exigiendo más en intereses que la misma cantidad prestada,

...el profesor que sólo reproduce la lección del día, año tras año, mes tras mes...

...el conformismo de pensar que así son las cosas, que nada va a cambiar nunca, que mejor esperar la vida eterna y seguir sufriendo en este valle de lágrimas.

Todo eso que vemos tan ajeno y contra lo que a veces peleamos porque lo vemos como injusticia en el mundo, habita también en nosotros. Y nos hace distorsionar nuestra mirada y afirmar nuestra posición en el reino imposible del adentro. En ese resguardo íntimo de la seguridad interior, del palacio donde se es un extranjero por condición.

Lugar sometido por el pensamiento, sostenido por la ficción de la existencia de un Yo que dice y que piensa por sí mismo. Pero lugar de alteridad al fin y al cabo. La identidad entre pensamiento y yo es insostenible. Otra cosa piensa en mí, me desplazo y aparece la pregunta por mi supuesta autoría y agencia sobre mí mismo.

Soy donde no pienso.

El pensamiento, ese escondite de pretextos que siempre aplazan las acciones necesarias.

Pensar para no actuar.

Darle más peso a las ideas que a la realidad.

Vivir encerrado en la fantasía.

Protegido con las ideas de lo sano y de lo enfermo, del adentro y del afuera.

Aplazar los actos y nunca encontrar sus consecuencias.

Gozar de la masturbación mental.

Se puede estar situado en el mundo de tal forma que en lugar de jugarse el deseo en beneficio de la transformación de la realidad, la individualidad se recluya en el paraíso del solipsismo autista.

Pensador eterno.

Vividor mediocre.

Buscador del mal en la cabeza.

y nunca en la realidad.

Sumido en el fango de la repetición.

De la prueba y de la evidencia.

La identificación con el ideal se pega en los huesos.

Hacer de la consistencia imaginaria una tentativa y una certeza.

Por eso no se escucha nada desde ahí.

Las orejas están bien tapadas con ideologías dictaminadoras. Nos decimos profesionales de la salud mental.

No hay de qué preocuparse, Yo estoy siempre a salvo. Los enfermos son los otros, los excluidos, los sin voz y los sin rostro. Nada me afecta porque la consistencia imaginaria no deja afectarme. El sentido unívoco de mis identificaciones no me deja ver más allá de mis propias narices. Des-conozco eso que soy yo mismo pero que termina por desorientarme, ¡y qué bien! porque gracias a ello me mantengo en el fundamento de la alteridad. Los otros me muestran la falta de transparencia con respecto a mí mismo.

Se divide el campo de acción en dos: los enfermos mentales, seres condenables y patológicos, y la pulcritud de los especialistas, que están siempre del lado de la salud y de la bondad.

Verdadera negación de lo más humano que tenemos: la contradicción y el desgarramiento, la falla y la dolencia.

La asociación libre: una ética en las vías del significante

¿Cómo situarnos en el nudo borromeo, sin considerar las consecuencias de la práctica analítica, que tiene su sostén en el significante? Como bien lo enunciaba Lacan: *que se diga queda olvidado tras lo que se dice, en lo que se escucha (entiende)*. (Lacan, 2008: 24). No es *lo* que se diga, sino así simplemente, el acto de *que se diga*, sin importar la calidad del contenido, el diseño oratorio, la precisión de los significados y las composiciones usuales del idioma. Se trata de la convocatoria al puro acto de decir. Sin embargo, esto queda olvidado tras lo que se dice y es necesario preguntarse si no tendríamos que hacer un esfuerzo por volver al acto de decir más allá de lo que se dice. Pero todo esto depende del que *escucha*, de algo que Lacan llamaba igualmente *poder discrecional del oyente*. Es quien escucha, quien otorga escansión y sentido al enunciado.

Como vemos, los significados nunca son precisos. Dependen tanto de la enunciación del agente como del poder discrecional de quien recibe el mensaje. Pero todo esto no es culpa ni del agente ni del que escucha, sino de la estructura misma del significante. Cuando hablamos no podemos estar seguros de que los significantes que usamos realmente transmiten el significado y por lo tanto el sentido que les damos. Nunca es primero el significado y luego el significante. No se puede decir precipitadamente que el lenguaje sea un camino simple hacia la significación. Los efectos de significación son acontecimientos discursivos donde se produce una consistencia imaginaria: un significante da sentido a alguien acerca de algo. Pero nunca es certeza unívoca, sino al contrario, certeza multívoca.

Podemos observar desde ya que la asociación libre va a contra corriente de los efectos consistentes de significación, los pone a prueba, los hace fallar y revela sus inconsistencias. La praxis analítica a través de la asociación libre se sirve del juego del significante no para producir efectos de significación, es decir, no para crear significados propios ni mucho menos, sino justamente para revelar la falta de consistencia en cualquier significado. El juego del significante nos sirve para posicionarnos ante el engaño sobre lo que hay que significar.

Pues todo significado lleva consigo un engaño radical. El significante es otra cosa que la significación. El significante es engañoso.

Hacer huellas falsas: un comportamiento no humano sino significativo. Algo peculiar que determina la realidad humana. Por eso el significante no es la representación freudiana. También por ello la asociación libre desde la perspectiva significativa no es la misma que la perspectiva representacional freudiana. No es lo mismo asociar sobre la base de representaciones que sobre la vía del significante. Al menos no es lo mismo para el poder discrecional del oyente. No es lo mismo escuchar representaciones de la realidad que significantes engañosos que señalan una “realidad”.

Sujeto: una huella hecha para que se la tome por una falsa huella. Existencia de un sujeto hablante.

Conclusión. La falla y la carencia del ser

¿Qué hay, pues, en el origen?

¿Qué tenemos antes del yo alienado con el otro?

¿Porqué nos da tanto miedo enfrentarnos a nosotros mismos?

Porque en el origen está el cuerpo y sus despojos.

Sin representación ni metáfora,

La verdad cruda y sin ornamentos:

La pulsión sexual, en lenguaje freudiano.

La impropiedad del ser, de acuerdo con Martín Heidegger.

La falta, según Lacan.

Hablar sin pensar en nada, dejándose llevar por las palabras sin arrastrarlas hacia ningún destino preconcebido, tal como se pide en el método de Freud, tarde o temprano nos coloca delante de la impropiedad del ser.

El ser es impropio. Nada nos pertenece. No hay nada en el origen que sea fundante, constitutivo, no hay antes del lenguaje. Nos hacemos desde afuera. Con los sentidos del otro. Somos ese afuera plegado sobre sí mismo.

El origen como tal es hueco, falta, vacío, impropiedad, no definición, acontecimiento inesperado, accidente, caída, error.

Es el campo de la sexualidad humana que se caracteriza por el desplazamiento de las imágenes que activan los ciclos instintivos hasta detonarlos y quedarnos con su representante, una dimensión de fantasías en dónde el Yo se regodea y se protege.

Fantasías producto del desplazamiento del imaginario y no como algo patológico que debe ser curado; se trata más bien de algo a ser escuchado, atender ese dicho y sobre todo, participando para sostenerlo.

Hacerse cargo de uno mismo y de su impropiedad a través de hablar; que ya no es repetir, sino constituir, decir, apalabrar.

Llegar a donde no pienso, llegar a donde soy, es llegar a perder el sentido de las palabras que han definido el mundo imaginario que nos rodea.

Desbaratar las palabras como si fueran estructuras desarmables. Piezas para ser jugadas y no jugadas para ser pensadas.

El mundo no tiene sentido, es el sentido.

Buscar el origen en aquello que está por-venir. En lo no dicho aún. En el exceso de decir propio de la poesía, por ejemplo.

Se produce una especie de magia ahí que transforma el futuro al anclarse en el pasado reconstruido por nuestro discurso. Siempre a destiempo. Retrospectivamente. El tiempo del inconsciente es retroactivo a la verdad enunciada con la plenitud de la palabra. La palabra verdadera detiene la repetición sintomática abriendo el vacío donde el deseo puede emerger.

Lo no escrito deja de insistir cuando se lo habla.

Los estudiantes de Ayotzinapa fueron asesinados por la misma fuerza opresora del estado que a su vez asesinó a los estudiantes de Tlatelolco que protestaban por lo mismo que los primeros, educación y justicia; hijos del pueblo que fueron asesinados por las mismas balas y el mismo poder que el pueblo le otorga a sus gobernantes.

Asesinados por la contradicción externa de la lucha de clases que es la misma contradicción interna que produce el desgarramiento que nos constituye.

Sólo hablando y no repitiendo es como podremos liberarnos de nosotros mismos.

Hablando de uno mismo; de lo impropio, de lo que falta, de lo que no anda, es la única forma de poder escuchar al otro, porque su desgarramiento es el mismo que nos constituye.

Al recorrer en mí el discurso del sometimiento y la injusticia puedo escuchar a los otros que me cuentan su desgarramiento.

No podría haber alguien en la posición ética del analista que no se hubiera arriesgado a mirarse por fuera de las certezas del Yo.

Puedo escuchar al otro porque en cierto sentido yo también estoy hecho de eso que me cuentan: no hay más que letras formando palabras y discursos. Sentidos que pasan por verdaderos cuando se los deja ser. Armas ideológicas de sometimiento, como la moral o el saber.

Escuchar así es estar siempre aguijoneado por la verdad.

Jugarse el pellejo en cada caso.

Reconocer a cabalidad el deseo imposible en cada caso. En cada persona, en cada momento.

Sin teoría que nos conforte, sin algo a qué referir la verdad.

Escuchar lo inaudito. Lo que no ha sido oído aún.

Estar dispuesto a escuchar, es estar dispuesto a sufrir con el otro, a sostener la angustia que produce la verdad.

Entonces me conecto con eso que escucho y lo dejo ser. Dejar hablar a la impropiedad del ser a través de las palabras que van sin rumbo fijo.

Me conecto con lo que escucho como si tuviera un bluetooth automático que sólo opera cuando me reconozco como impropio. Cuando el límite entre lo sano y lo enfermo ha sido franqueado con la palabra verdadera destruyendo la frontera del adentro y del afuera, cuando el Yo se trastoca por el nosotros.

En eso consiste la magia de saber hablar y la escucha del inconciente según Lacan, efecto de la palabra que transforma el mundo y nos abre al porvenir.

Por fuera de todo destino.

Desgarrados.

Perforados.

Con una falta que impulsa el deseo y lo convoca, una provocación siempre presente.

El sujeto de la palabra, la plenitud del lenguaje al que sólo se puede acceder si uno se atreve a perderse un poquito para encontrarse por fuera del deber.

Perderse para poder encontrarse.

Aquí, la vida no es más como eran antes.

Ahora pasan cosas todo el tiempo, todo tiene vida y todo te sorprende, encuentras historias a cada momento y por lo mismo aparece la dimensión del sufrimiento como un correlato de la angustia impostergable, pero también la dimensión impensada de la libertad.

De guiarte más o menos por eso que le dicen: “tu chingada gana”. Y sostener el deseo hasta sus últimas consecuencias.

Hacerle caso a la chingada gana. Al deseo chingado por la imposibilidad del lenguaje.

Ser por fuera del deseo del Otro.

Elegir la vida y el destino que uno quiere y puede sostener.

Elegir el color de los calcetines o el sexo del compañero... Si es que eso importa para alguien y si no, que baste con la provisionalidad de las palabras suspendidas de su sentido mientras la muerte nos expulsa de este mundo.

Referencias

- FOUCAULT, M. (1971/1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La piqueta.
- FECHA DE CONSULTA: 13 de mayo de 2018.
- FREUD. (1890a/2006). *Tratamiento psíquico (tratamiento del alma)*. Tomo I. Buenos Aires. Amorrortu.
- FREUD. S. (1912e/2006). *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. Tomo XII. Buenos Aires. Amorrortu.
- FREUD. S. (1913c/2006). *Sobre la iniciación del tratamiento*. Tomo XII. Buenos Aires. Amorrortu.
- GARCIA, G. (2002). *Vivir para contarla*. Editorial Norma. Versión electrónica: https://www.google.com/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&cad=rja&uact=8&ved=0ahUKEwirxb3C4YPbAhURI6wKHchfDVsqFgg0MAE&url=https%3A%2F%2Fwww.yumpu.com%2Fes%2Fdocument%2Fview%2F13325530%2Fgabriel-garcia-marquez-vivir-para-contarlapdf-wwwmoreliain-com&usg=AOvVaw1fl6MJkymnOUGOlLs4z_n
- HEIDEGGER, M. (1947/2000). *Sobre la esencia de la verdad*. Alianza: Madrid. Versión electrónica: http://www.robertexto.com/archivo10/esencia_verdad.htm Fecha de consulta: 20 de marzo de 2018.
- LACAN, J. (1953-1954/2008). Seminario 2. *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1969-1970/2008). Seminario 17. *El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1972-1973/2008). Seminario 20. *Aún*. Buenos Aires: Paidós.
- LACAN, J. (1974-1975/2002). Seminario R. S. I. Versión crítica digital de Ricardo Rodríguez Ponte. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- MARX, M. (1845/1888). *Tesis sobre Feuerbach*. Versión electrónica: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm> fecha de consulta: 13 de mayo de 2018
- NIETZSCHE, F. (1873/1990). *Sobre verdad y mentira en un sentido extra-moral*. Madrid: Tecnos.

Fecha de recepción. 18 de mayo de 2018.
Fecha de aceptación. 30 de mayo de 2018.